

## Ética Animal

PAULA CASAL

### El planeta sin los simios

► Paula Casal. University of Reading.

Un adolescente ensangrentado apareció tambaleándose por las calles de Nuremberg en 1828. Tenía los pies hinchados por unas botas rotas y demasiado pequeñas remachadas con clavos y herraduras, no se comportaba como un ser humano y parecía haber surgido de la nada. Llevaba un pañuelo de seda con las iniciales KH, dos sospechosas cartas, probablemente falsas, contando una vaga historia sobre su origen, y ropas propias de un aristócrata convertidas en apretados andrajos. No sabía que el fuego quemaba, experimentaba terror ante un reloj de péndulo y no distinguía a los hombres de las mujeres, ni se reconocía a sí mismo en un espejo. Tampoco hablaba. Sin embargo, logró escribir dos palabras: Kasper Hauser. Estaba tan entumecido y deformado que apenas podía caminar y pasaba los días sentado en la penumbra. Pese a que sólo comía pan –el único alimento que conocía– se fue recuperando, y aprendió a hablar. Explicó que lo habían tenido incomunicado en una celda oscura desde los tres años. Comía el pan que le traían mientras dormía, y bebía un agua que, de vez en cuando, tenía un sabor amargo y le daba sueño. Cuando despertaba veía que lo habían aseado. Varios indicios sugerían que se trataba del hijo ilegítimo de un aristócrata y Anselm von Feuerbach, un célebre abogado que estudió su caso, decidió ayudarlo a recuperar su puesto de heredero suplantado, mientras Kasper recibía la educación de la que había sido privado, y demostraba no sólo cordura y buen carácter, sino una asombrosa capacidad de aprender. El abogado murió en el intento en 1833, y poco después, Kasper –que ya había sufrido años antes el asalto de un enmascarado– fué asesinado por otro misterioso atacante porta-

dor de un mensaje que sólo podía leerse en un espejo: “soy de la orilla del río, mi nombre es MLO”. La autopsia confirmó el relato de Kasper, pero a pesar del revuelo que esta historia provocó en toda Europa, el enigma de Kasper Hauser nunca se resolvió.

Los grandes simios que recoge el Proyecto Gran Simio recuerdan a este muchacho. Llegan entumecidos por un largo cautiverio, tienen los miembros deformados por la malnutrición o los grilletos, y muchas veces les han arrancado los dientes para que no muerdan, les han cortado las cuerdas vocales para que no griten y los han castrado. Nadie sabe realmente cómo han llegado hasta nosotros; si los han secuestrado en África los furtivos que masacran familias enteras para robarles las crías, o si han vivido siempre en una celda inmundada. Las vagas referencias sobre su origen suelen sonar tan falsas como las cartas de Kasper Hauser, porque su comportamiento y secuelas físicas no concuerdan con las historias que nos cuentan. No se comportan como simios normales, tienen miedos que no entendemos<sup>1</sup> y les cuesta comunicarse con los demás. Al cabo de un tiempo en los centros de acogida se van recuperando, y ganan peso y confianza, pero las cicatrices de un pasado espantoso no siempre se pueden borrar.

En el último año tres noticias escalofriantes han saltado a las portadas de los periódicos: finaliza el recuento del genoma del chimpancé y resulta casi idéntico al humano<sup>2</sup>; se descubre una nueva especie de gran simio, que tiene la altura de un humano y puede que se nos parezca en rasgos más importantes, pero nunca lo sabremos porque se va a extinguir antes de que podamos comprobarlo<sup>3</sup>; y las Naciones Unidas calcu-

1. Cuando los de la Fundación Fauna rescataron al chimpancé Tom, se sorprendieron de su rotundo rechazo a los vasos o tazas. Sólo bebía directamente del grifo o de latas cerradas. Luego comprendieron que tenía pánico a ser drogado y encontrarse de pronto maniatado en una mesa de operaciones. En el Laboratorio Lemsip, donde sufrió continuas biopsias, lo habían drogado 369 veces. Ahora que Tom ha recuperado la confianza en el género humano, y se ha convertido en un pintor de éxito, le encanta sentarse a charlar con la pierna cruzada, sorbiendo a poquitos su taza de té. Vean su vida y obra en <http://www.faunafoundation.org/english/sanct/chimps/tom.html>.

2. “El hombre y el chimpancé comparten el 99% de sus genes”, *El País*, 31.8.2005; M. Ruíz y A. Boto, “Humano y chimpancé comparten el 99% del ADN”, *El País*, 1.9.2005. y E. Culotta, “Chimp Genome Catalogs Differences with Humans”, *Science*, 2.9.2005.

3. “Un simio gigante, híbrido entre gorila y chimpancé, recorre el Norte de la República Democrática del Congo”, *El Mundo*, 7.10.2004.

lan que dentro de 30 años, todos los grandes simios en libertad y sus respectivas culturas habrán desaparecido para siempre<sup>4</sup>. Sólo quedarán simios deformados y enjaulados de por vida, como Kasper Hauser. Los humanos nos habremos quedado solos. Para siempre.

Derrochamos billones cada año buscando en vano algún microbio extraterrestre, y no hacemos nada por impedir la inminente e irreversible desaparición de las especies más inteligentes, que en algunos casos siquiera conocemos. Y eso que lo más importante lo sabemos muy bien desde que los grandes simios aprendieron inglés y lenguaje de sordomudos y, como Kasper Hauser, empezaron a hablar y nos contaron su historia. Sabemos que tienen capacidades intelectuales y emocionales comparables a las de nuestros hijos pequeños, que suman naranjas y manzanas para contar las frutas que les quedan, que realizan las operaciones matemáticas de algunos juegos de ordenador más rápido que nosotros<sup>5</sup>, que se inventan historias jugando, que bromean diciendo que son pajaritos voladores o que el cocodrilo de trapo les mordió y le dejó la cicatriz que tienen en el dedo<sup>6</sup>. Sabemos que hacen herramientas y pueden pasarse la noche desatornillando en silencio todos los puntos clave de su jaula. Saben que nuestra mente es como la suya. Sospechan que les mentimos y responden disimulando, inventando disculpas o mentiras, o escondiendo lo que saben que buscamos. Los que viven en casas humanas también saben convencernos de que necesitan ir al baño para encerrarse en él a maquillarse o a jugar con la lavadora<sup>7</sup>. Sabemos que se reconocen en el espejo (frente al que les gusta decorarse con telas o joyas) y que son conscientes de que son seres con una identidad

concreta que persiste en el tiempo (algo que según Locke les convierte en "personas"), y tienen planes de futuro. Preguntan, por ejemplo, si les traerán helado de fresa por su cumpleaños o cuándo van a poner "el árbol de los caramelos" (palabra inventada por ellos), ahora que parece que se acerca la Navidad<sup>8</sup>. Sabemos también que en cautividad desarrollan patologías psicológicas y psiquiátricas parecidas a las humanas (como la bulimia y la tricotilomanía) y pueden quedar profundamente traumatizados por la pérdida de sus padres y amigos. Son capaces de llegar a los sesenta años acordándose de sus seres queridos, echándoles de menos, y entristeciéndose cada vez que ven su foto<sup>9</sup>. Hablan de la muerte como de un sueño del que uno no se despierta y saben que es triste y definitiva. Nos consta también que tienen una gran variedad de formas de consolar o distraer a los que sufren, mediante abrazos, juegos y otras demostraciones de afecto<sup>10</sup>, y que estas formas de apoyo emocional son sólo una pequeña parte de una cultura prácticamente tan antigua como la nuestra, transmitida de generación en generación, y que explica, por ejemplo, porqué, cuando les faltan los consejos de las abuelas, las madres apenas saben como cuidar a sus hijos, que mueren en cautividad, pese a la ausencia de depredadores y la presencia de alimentos.

Y es que todos los grandes simios somos seres culturales y no vivimos –como Kasper Hauser– sólo de pan. No nacemos programados por nuestros genes para actuar siempre de una determinada manera, sino que hay una parte importante de nosotros que está sin definir y es desarrollada y moldeada durante un largo proceso de aprendizaje<sup>11</sup>. Los niños criados por lobos, por

4. A. G. Rojas, "La ONU alerta del peligro de extinción que amenaza los grandes simios", *El País*, 2.9.2005; M. C. Hauser, "Beyond the Chimpanzee Genome: The Threat of Extinction", *Science*, 2.9.2005; A. Jolly, "The Last Great Apes", *Science*, 2.9.2005.

5. "The Cleverest Ape in the World" *Channel 4*, 3.9.2001.

6. F. Patterson y W. Gordon, "En defensa de la condición de persona de los gorilas", en P. Cavalieri y P. Singer, *Proyecto Gran Simio* (Trotta, Madrid, 1998), esp. pp. 90 y 95.

7. H. L. White Miles, "El lenguaje y el orangután", en *ibid.*, esp. pp. 66 y 70.

8. R. y D. Fouts, "El uso del lenguaje de signos por los chimpancés", en *ibid.*, esp. p. 57.

9. F. Patterson y W. Gordon, *ibid.*, p. 90 y R. Fouts, *Primos hermanos* (Sinequanon, Barcelona, 1999), p. 336.

10. F. Patterson y W. Gordon, *ibid.* p. 93. Véase también, en R. Fouts, *Primos hermanos*, pp. 341, la reacción de la chimpancé Washoe ante su cuidadora Kat. Kat llevaba varios días sin aparecer y aunque Washoe la saludó con cariño, luego se alejó para mostrarle que aquel abandono la había herido. Kat le explicó que había perdido el niño del que estaba embarazada. Washoe miró al suelo y luego, mirándole a los ojos hizo el signo que en lenguaje de sordomudos corresponde a "llorar". No quería que Kat se apartara de su lado y repetía "Por favor, persona, un abrazo".

ejemplo –que corren a cuatro patas y en vez de palabras intercambian sólo ciertos tipos de gruñido– son humanos en el sentido de que poseen el soporte material del DNA humano. Pero hay bastante poco en ellos que refleje lo que normalmente entendemos por humanidad<sup>12</sup>. Sería absurdo decir que no importa que todos los lugares donde vivimos, todas las culturas humanas y todos los seres humanos sean exterminados para siempre, con tal de que queden algunas jaulas con niños criados por lobos, por alienígenas o por alguna otra especie. Sin embargo, esto es exactamente lo que el mundo se propone hacer muy pronto con los otros cuatro grandes simios del planeta. Y será un proceso irreversible. Aunque luego quisiéramos devolverlos a la selva, ya no podríamos; no sólo porque ya no habrá selva, sino porque sin cultura no sabrían sobrevivir. Igual que cualquiera de nosotros, no sabrían qué es comestible o venenoso, útil o peligroso, cómo encontrar lo que uno necesita en cada época, cómo fabricarse los instrumentos adecuados, y cómo relacionarse con los demás.

“Llega a ser el que eres”, decía Píndaro para animar a los atletas griegos a que lograsen aquello de que ya eran capaces. Cuando desaparecían sus hábitats, los grandes simios ya no podrán volver a ser lo que son. Los auténticos simios habrán desaparecido para siempre, y sólo quedarán simios Kasper Hauser, entumecidos y dependientes, deformados como pies chinos, incapaces de valerse por sí mismos, y de llevar las vidas para las que han estado evolucionado, como nosotros, durante tantos millones de años.

Es por eso que la proposición no de ley presentada por el diputado por Sevilla, Francisco Garrido, no sólo intenta –como el Proyecto Gran Simio– proteger a los grandes simios del secuestro, el encarcelamiento, la muerte y la tortura. También hace un llamamiento para que nuestro país emprenda las acciones necesarias en los

foros y organismos internacionales que puedan impedir la desaparición de los hábitats de los grandes simios, y con ellos, de las culturas que permitan a estas especies vivir con independencia y libertad<sup>13</sup>.

Prácticamente todos los grandes simios libres viven en 23 países, 19 de los cuales están entre los más pobres del mundo. De los cuarenta mil orangutanes que quedan libres, dos tercios (los *pongo pygmaeus pygmaeus*, *p.p. morio* y *p.p. wurmbii*) viven en Borneo, que pertenece a Malasia, Indonesia y Brunei. El otro tercio (la especie *pongo abelii*) vive en Sumatra, que es parte de Indonesia. Algunas subespecies de gorila están a punto de desaparecer. Sólo quedan entre 3.000 y 4.000 Gorilas Orientales de las Tierras Bajas (*gorilla beringei graueri*), que habitan la República Democrática del Congo y unos 600 Gorilas de Montaña (*gorilla beringei beringei*) la mitad de los cuales vive en los volcanes de Virunga (que están entre Uganda, Ruanda y la República Democrática del Congo) y la otra mitad en Bwindi, Uganda. Los Gorilas Occidentales de las Tierras Bajas (*gorilla gorilla gorilla*) son los más abundantes, pero los cálculos oscilan tanto –entre 10.000 y 50.000– que difícilmente puede uno confiarse. La mayor parte andan repartidos entre la República del Congo, Gabón y Guinea Ecuatorial, aunque en la República Centroafricana también quedan algunos. De la subespecie más rara, los Gorilas del Río Cross (*gorilla gorilla diehli*), sólo quedan unos 150 individuos en los cerros de Nigeria y Camerún. Los bonobos (*pan paniscus*) viven en la República Democrática del Congo y quedan entre 10.000 y 20.000 ejemplares, dispersos en grupos muy distintos entre sí, porque están separados por ríos. Los chimpancés (*pan troglodytes*) habitan en las selvas tropicales y las sabanas húmedas del África central y occidental, que también incluyen zonas pobres y conflictivas. Quedan unos 70.000 en el mundo, incluyendo las colonias

11. Un artículo sobre la transmisión de la cultura chimpancé “The Naked Chef”, *New Scientist*, 19.8.2000 surgió de la llegada de la chimpancé Lisa al Zoo de Madrid. Como a Lisa le arrancaron los dientes, cuando le echaron la comida, tuvo que coger la fruta y hacerla puré con una piedra. Al poco tiempo, el resto de los chimpancés, pese a que conservaban sus dientes, estaban también haciendo purés del mismo modo.

12. Véase <http://www.FeralChildren.com>.

13. “El Congreso de los Diputados insta al Gobierno a declarar su adhesión al Proyecto Gran Simio y a emprender las acciones necesarias en los foros y organismos internacionales, para la protección de los grandes simios del maltrato, la esclavitud, la tortura, la muerte o extinción. Palacio del Congreso de los Diputados, a 5 de septiembre de 2005”.

donde los crían para la experimentación, porque el 90% de su hábitat ya ha sido destruido. Para el 2.032 sólo quedará el 1% del hábitat de los orangutanes, el 4% del de los bonobos, el 8% del de los chimpancés, y el 10% del de los gorilas.

Estos países apenas tienen medios para afrontar problemas tan acuciantes como el hambre, el sida o los ataques armados, y menos aún para patrullar los territorios simios e impedir que los maten para comérselos o para vender sus dedos a los turistas. Muchos continúan además roturando lo poco que les queda de bosque primario para pagar su deuda externa o los productos que necesitan importar. No podemos esperar que los países pobres salven a los simios, mientras los países ricos nos cruzamos de brazos. Además, quizá lo peor es que nosotros no nos cruzamos de brazos. Nosotros les vendemos las armas y las motosierras, les presionamos para que nos paguen con intereses, les compramos la madera, el caucho, el aceite de palma, los minerales de las tierras simias que llevan nuestros teléfonos móviles, los simios secuestrados, los trofeos de caza y a veces hasta la carne de simio. Y si esta dinámica internacional no cambia, los simios morirán. Es necesario que se forme una organización de países, ricos y pobres, que estudie las medidas necesarias para proteger los territorios simios y distribuya la carga que ello supone equitativamente. Y, por supuesto, hace falta poner fin a todas las importaciones legales e ilegales que están aniquilando a nuestros primos primates.

España se encuentra en una buena situación geográfica y diplomática para llamar a los demás

países a unirse en una organización internacional que pueda establecer las medidas necesarias para que nuestra generación no pase a la historia como la que exterminó a todas las especies que más se nos parecían. Puede que la generación con más información y más medios sea la que robe irreversiblemente a nuestros parientes su dignidad y sus territorios, y sólo conserve a unos cuantos individuos enjaulados para divertirse con ellos, o usarlos en experimentos. Pero también puede que sea la generación que use esa información y esos medios para reaccionar y cambiar el rumbo de la historia.

El planeta, como la fortuna del padre de Kasper Hauser, se puede compartir. Al fin al cabo, nuestros parientes simios son tan poco ambiciosos como aquel muchacho. Sólo quieren vivir libremente en los escasos territorios que les quedan. El diputado Garrido y el Proyecto Gran Simio luchan desinteresadamente, como el abogado von Feuerbach, por que se permita a los grandes simios seguir viviendo en sus hábitats naturales, que sólo son una pequeñísima parte del planeta. Varios pensadores se han declarado ya a favor de la creación de una o más naciones simias que los humanos no puedan invadir<sup>14</sup>. ¿Y el resto de la humanidad? ¿detendrá a los MLOs a "la orilla del río"? ¿o seguirá matando y enjaulando a todos sus parientes para quedarse con todo?

Ojalá no sea ésta la generación que convierta a la Tierra en el Planeta Sin los Simios. Ojalá sobrevivan y podamos conocerlos en su autenticidad. Puede que sea la única forma de que lleguemos a comprendernos a nosotros mismos.

14. Véase, por ejemplo, R. Goodin, C. y R. Pateman, "Simian Sovereignty", *Political Theory* 25, 1997.